

Alonso de Ercilla

*La Araucana*

edición, estudio y notas de Luis Gómez Canseco,  
Madrid, Real Academia Española, 2022, 1461 pp.

ISBN: 978-84-670-6483-4

Lara Vilà

Universitat de Girona

lara.vila@udg.edu

En el momento en que llega a Chile y en una de las muchas intervenciones del narrador de *La Araucana*, este se dirige a su señor, el rey Felipe, y le asegura que ha procurado preservar la “verdad desnuda de artificio” (XII.73.3). Afirma así que en su relato inicial de los hechos que principiaron la conquista se ha servido de fuentes de uno y otro bando con el fin de respetar la imparcialidad que se espera de un historiador. Pero lo interesante de este pasaje es que, a partir de este momento, la verdad de lo ocurrido quedará únicamente autorizada por su presencia, como enfatiza en el conocido prólogo a la *Primera parte*, para que las valerosas hazañas que ha contemplado no queden sepultadas en el olvido. Insistiendo en su diligencia como cronista de la guerra, no habrá, dice, cuchillada ni golpe referidos de los que no haya sido testigo, camino ni paraje descritos que no haya hollado primero con sus pies, palabras con las que Ercilla se erige en el centro narrativo del poema. De lo que afirma en este y otros lugares parece deducirse, en efecto, que su escritura, por ser verdadera, reivindica y ensalza la actuación de sus compañeros de armas, quizá los mismos que lo importunaban para publicar la obra y que echaron mano de ella para respaldar sus hojas de servicios una vez llegados del frente. Como han señalado diversos estudiosos, la escritura de veteranos encontró en la épica un medio para el reconocimiento de aquellos hombres unidos por su pertenencia al estamento militar y su interés por las letras.<sup>1</sup> Así pues, lo que Ercilla decía hacer en nombre de aquellos hombres

1. Elizabeth Davis, “Épica y configuración del canon en la poesía española del Siglo de Oro”, en Begoña López Bueno (ed.), *En torno al canon: aproximaciones y estrategias*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 317-332; María José Vega, “La idea de la épica en la España del Quinientos”, en María José Vega y Lara Vilà (eds.), *La teoría de la épica en el siglo XVI (España, Francia, Italia y Por-*

debía con toda lógica aplicársele en primer lugar, de ahí que Luis Gómez Canseco se refiera a *La Araucana* como un artefacto cortesano o político al servicio del autor (907).

También afirma el editor que la obra ercillesca era, además, muchas otras cosas, y, de hecho, en este mismo pasaje, el narrador justifica la defensa de su celo como historiador porque lo que persigue es “acertar y dar contento” (XII.73.8). El acierto de recoger el testimonio de las hazañas de esos soldados es pues parejo a la voluntad de suscitar el placer que debe emanar de lo narrado, o, de forma más precisa, de la forma elegida para narrar esos hechos. Valgan para confirmarlo los otros muchos momentos en los que Ercilla se lamenta de lo dificultoso que le resulta ceñirse al relato histórico, por poco variado y ameno, cuando lo que pretende es “ser sabroso al gusto y al oído” (XXVII.2.4). La forma en que puede lograrse ese deleite es, lo sabe muy bien, “mezclando en las empresas y recuestas, / cuentos, ficciones, fábulas y amores” (XX, 4.5-6). Como notó Luis Zapata antes que él, en un empeño que se sustenta en una búsqueda no muy distinta de la emprendida por Ercilla como es el *Carlo famoso*, la variedad poética resulta difícilmente conciliable con la aridez del discurso histórico al haberse optado por un molde, el épico, caracterizado por su solemnidad. El ennoblecimiento de esos soldados y, ante todo, del propio autor como guerrero y hombre de letras, como modelo de cortesano renacentista, a la par de Garcilaso, descansa, como se ha notado también, en la preferencia de este género poético.<sup>2</sup> En suma, por más que Ercilla se vista de cronista, *La Araucana* tiene mucha poesía y poca historia, como sostenía Marcos Morínigo,<sup>3</sup> porque lo que no debe perderse nunca de vista es que lo que quiso fue escribir un poema heroico. La cuestión capital, que la erudita labor de Luis Gómez Canseco pone justamente de relieve, pasa por entender qué clase de poema épico escribió nuestro autor.

Avanza el editor en la “Presentación” del volumen una clave que ayuda a responder a esta pregunta desde la atalaya del estudio filológico atento al contexto histórico de escritura y difusión inmediata de la obra. Ercilla quiso agradecer a sus lectores y el aplauso general de que fue objeto obedece a la idea de *La Araucana* como “libro de entretenimiento” en el que el autor se reveló un narrador excepcional, como muy bien percibió Cervantes. Y es esa voz, transfigurada en el yo que habita en el texto y que lleva al lector de la mano por tierras lejanas, la que otorga aura heroica (es decir, ficcional y poética) al relato histórico, sirviéndose del arsenal de recursos que Ariosto entronizó con clamoroso éxito en su moderna reescritura de los clásicos. Ercilla, como otros poetas antes que él, en

---

tugal), Vigo, Academia del Hispanismo, 2010, pp. 103-135; Miguel Martínez, *Front Lines. Soldier's Writing in the Early Modern Hispanic World*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2016.

2. Mercedes Blanco, “La épica áurea como poesía”, en Rodrigo Cacho Casal y Anne Holloway (eds.), *Los géneros poéticos en el Siglo de Oro: centros y periferias*, Londres, Tamesis, 2013, pp. 13-30.

3. Marcos Augusto Morínigo, “Introducción biográfica y crítica”, en Alonso de Ercilla, *La Araucana*, Madrid, Castalia, 1979, I, p. 37.

Italia y en España, aspiraba a emular y a superar al poeta de Ferrara, pero optó por tratar sucesos verídicos y acabó componiendo una obra diferente. En este sentido, la suya constituye una contribución singular a la problemática quinientista de la poesía heroica, aunque de naturaleza distinta de la propuesta por Tasso, por más que puedan detectarse ciertas concomitancias. Ercilla, como señala con claridad el profesor Gómez Canseco, no era un humanista, sino un hombre que había recibido la formación propia de su paso por la corte como paje del príncipe y que intentó, a su regreso a España tras su breve aventura americana, medrar por medio de las letras, y de otras actividades, con una habilidad y un empeño notables. Dedicó treinta largos años de su vida de hombre maduro a la obra que consideró un instrumento para medrar en la corte, además de como fuente de ingresos, e hizo gala de una libertad creativa que le permitió modificarla no solo a medida que la escribía sino incluso cuando ya trabajaban en ella los impresores. El plan de escritura tuvo que ir modificándose y ampliándose con el paso del tiempo, sobre una tradición de textos hibridados de forma compleja. El resultado fue un poema épico que transformó el género sin pretenderlo, cuyas implicaciones literarias y diversidad de lecturas solo pueden alcanzarse con rigor y plenitud cuando es leído en su contexto.

En este sentido, uno de los grandes aciertos de esta edición radica en el modo en que se estudia la escritura de la obra y su compleja transmisión editorial al arrimo de la vida del poeta, reconstruida sin ambages y otorgando el peso que merece a la “ingrata faz de su persona”, como incómodamente la describió José Toribio Medina en el volumen de su monumental edición dedicado a la *Vida de Ercilla*.<sup>4</sup> *La Araucana* es, según el profesor Gómez Canseco, un poema épico y un instrumento político al servicio del poeta, que se presenta a sus lectores en un primer momento como cronista para vestir cada vez con más claridad los ropajes de intermediario del rey y devenir el epítome de las virtudes regias encarnadas en la valentía y la clemencia hacia un digno enemigo de contornos sobrehumanos y las fidelísimas indias enamoradas con las que se cruza en sus andanzas. Como el editor expone con gran acierto, una prueba palpable de esta necesaria vinculación de vida y obra la encontramos en la presencia del retrato con que quiso acompañar las ediciones. En él aparece Ercilla vestido de soldado con armadura, es decir, la imagen heroica que el escritor quería proyectar de sí mismo, que puede leerse como “parte decisiva en la redefinición del género épico que *La Araucana* significa.” (907).

Para el texto del poema, que precede al estudio, el profesor Gómez Canseco parte de las ediciones de la *Tercera parte* y de la *Primera, segunda y tercera partes de la Araucana* publicadas por Pedro Madrigal en 1589 y 1590, al ser las últimas revisadas por el autor, que ha cotejado con las que este había preparado desde

4. José Toribio Medina, *La Araucana*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1910-1918, III, p. 192.

1569. Se apoya en esta decisión en las conclusiones de la tesis doctoral inédita de Juan Alberto Méndez Herrera,<sup>5</sup> desconocida para muchos estudiosos y editores, incluidos los que hasta la fecha habían realizado las ediciones de referencia de las últimas décadas, Marcos Morínigo e Isaías Lerner. Es la opción que sigue también, Luis-Íñigo Madrigal en la reciente edición para la Biblioteca Castro.<sup>6</sup> El gran problema al que se habían enfrentado los editores de *La Araucana* concernía a las octavas y cantos añadidos a la *Tercera parte* en la primera edición póstuma de la obra, de 1597, con los que el poema crecía hasta los treinta y siete cantos. Salvo en el caso de José Durand, que detectó en fechas cercanas a Méndez Herrera “21 hojas trufadas” en diversos ejemplares de la *Tercera parte* de 1589,<sup>7</sup> la creencia generalizada en la autoría ercillesca de estos añadidos, dado el intervencionismo frenético del poeta, que murió cuatro años después de aparecida la versión en treinta y cinco cantos, es uno de los argumentos aducidos por Lerner para basarse en la de 1597, alejándose de lo decidido con Morínigo años atrás. No obstante, Méndez Herrera plantea impecablemente que el de 1590 debe ser el texto base al demostrar que estos añadidos habían sido ya interpolados en algunos impresos de 1589 y 1590.

El control ejercido por Ercilla sobre su poema y los múltiples cambios que incorporó al texto, que, como se ha visto, no acabaron con su estampación, guían el extenso estudio de la obra. El primero de los apartados que lo conforman (“Ercilla en su laberinto”) recoge los datos principales de la vida del autor, que el lector encuentra recogidos esquemáticamente en un apéndice cronológico final. Los editores modernos cuentan con la ayuda inestimable del acopio documental realizado por José Toribio Medina, si bien se completan ahora algunos aspectos interesantes. Es el caso del encargo del retrato con el hábito de la Orden de Santiago para los ejemplares de la *Segunda parte*, que en algunos ejemplares aparece con la cruz coloreada en rojo para atraer al lector y resaltar la faceta caballeresca del autor. El análisis de este aspecto paratextual en absoluto menor ilumina el propósito de ennoblecerse a través de la práctica poética y la intervención editorial, para lo que le fue de ayuda inestimable su cargo de examinador de libros. El afán literario ercillesco confluye, en la semblanza aquí trazada, con uno de los aspectos más controvertidos de su biografía, que contribuye a hacerse una imagen más cabal de quien fue también un hombre de negocios de pocos escrúpulos. Ercilla fue un prestamista, un usurero, cuya avaricia nada tendría que envidiar a los tipos literarios de la novelística decimonónica y ha incomodado a sus editores anteriores, que han tendido a despachar con rapidez y cierta displicencia esta fa-

5. Juan Alberto Méndez Herrera, *Estudio de las ediciones de La Araucana, con una edición crítica de la tercera parte*, Tesis doctoral, Cambridge, Harvard University, 1976.

6. Alonso de Ercilla, *La Araucana*, ed. Luis-Íñigo Madrigal, Madrid, Biblioteca Castro, Fundación José Antonio de Castro, 2021.

7. José Durand, “*La Araucana* en sus 35 cantos originales”, *Anuario de Letras*, núm. 16 (1978), p. 293.

ceta de su vida. Su gran éxito personal, como ha ponderado el profesor Gómez Canseco, fue su habilidad para crearse una máscara literaria que le presentaba como modelo de nobleza, valentía y caballeridad sin tacha.

El segundo apartado (“Entre libros: lecturas y fuentes para *La Araucana*”) reconstruye el complejo entramado de obras de las que se sirvió el poeta en una tarea que debe entenderse en el marco de la tradición imitativa renacentista. Su aprendizaje juvenil bajo la tutela de Calvete de Estrella le aportaría algunos rudimentos básicos de gramática e historia, pero más hondo hubo de calar en esta etapa la frecuentación de los autores más leídos del momento, entre los que destacan Ariosto y Garcilaso. Ercilla apreciaría sin duda el complejo remedo de fuentes emprendido por el autor del *Orlando furioso* que iba a guiar su propia escritura, que se suma a la presencia de imágenes, expresiones y paisajes garcilasianos, sobre todo en aquellos momentos en los que el poema se desliza por cauces más líricos. Ariosto transformó el panorama de la poesía heroica y a su influencia se deben en nuestras letras los primeros empeños renovadores en este terreno, siendo quizá el más temprano la *Égloga II*, que el toledano compuso durante su estancia en Nápoles, en cuyos círculos eruditos se leía a Ariosto como nuevo Virgilio. Con el tiempo, asentado ya en la madurez y gracias a sus tratos con libreros e impresores debidos a su labor censoria, las lecturas de Ercilla se ampliaron a otras fuentes que marcarían los derroteros que siguió la escritura de *La Araucana*. La influencia de la *Eneida* es de vital importancia en la deriva imperialista del poema sobre todo a partir de la *Segunda parte*, en la que pudo ser determinante la lectura de Camões, y solo bajo la idea de la imitación compleja se entiende, en la práctica ercillesca y en la escritura épica hispánica del Quinientos, la acomodación de la *Farsalia* de Lucano a una senda heroica marcada por el panegírico dinástico y monárquico. El panorama no estaría completo, como se espera de quien quiso ser poeta e historiador, de no atender al manejo de fuentes históricas y relaciones, las más de las veces de forma silente, como ocurre en el caso de la *Crónica* de Jerónimo de Vivar para el relato de los sucesos narrados a lo largo de la *Primera parte* o la no menos importante de la *Relación* de Fernando de Herrera sobre la batalla de Lepanto, entre otras. Estamos pues, concluye el editor, ante una miríada de textos capitales, especialmente en el ámbito poético, cuya lectura y remedo obedece a la voluntad de Ercilla de dotar a su poema, y a su persona, del prestigio de los grandes autores clásicos y modernos por medio de una imitación entendida en sentido utilitario.

De las lecturas ercillescas se deduce que la poesía heroica es la que define el proyecto de este hábil escritor, de ahí que el tercer apartado del estudio (“Lindes y deslindes de lo épico”) se dedique a esta materia. El profesor Gómez Canseco señala que el empeño de Ercilla no responde a una voluntad erudita pues no era ni un teórico ni un humanista. Una prueba de ello es que, frente a la opinión de algunos críticos, confirma que hubo de leer las obras mayores que le sirvieron de modelo en sus traducciones modernas, incluido Ariosto. Tener presente este perfil autorial ayuda a esclarecer uno de los aspectos más conflictivos para la

crítica, como es el que concierne a la unidad del poema. Editores y estudiosos coinciden en señalar lo que parece un progresivo desinterés en la historia de la guerra y la reivindicación de los soldados de la *Primera parte*, desplazados por la fuerza arrolladora del relato autobiográfico, los episodios amorosos y el elogio de la patria y el rey en las dos siguientes. Lo que para algunos era considerado un demérito formal es, en cambio, signo evidente de la libertad con que Ercilla escribió *La Araucana*. El poema, lejos de responder a un plan predeterminado, se fue transformando para servir mejor a los intereses del autor, como demuestra el celoso control que ejerció sobre él. Para ello, no dudó en servirse de géneros diversos, como el memorial, las relaciones de sucesos, el tratado geográfico, los discursos líricos o los casos de amor, que sometió al horizonte épico, llegando finalmente a ofrecer un texto que alteraba los códigos de la poesía heroica a su conveniencia. Semejante proceder necesitaba, empero, de elementos cohesionadores, siendo el más importante la trama biográfica central, que se erige sobre un trasfondo epistolar mediante el cual el poeta parece establecer un diálogo con el rey. *La Araucana* puede pues leerse como una suerte de hoja de servicios, en la que presenta al soberano y a sus lectores una imagen intachable de sí mismo que combina las virtudes del guerrero heroico y clemente, del cronista infatigable, del defensor de damas en apuros y del intermediario del monarca en sus dominios más lejanos como solo la poesía permitía hacerlo. De ahí que no sería exacto hablar del abandono de un programa épico, como planteó Ramona Lagos,<sup>8</sup> cuanto de una redefinición utilitaria de la poesía heroica en la que intervinieron factores tan diversos como el sostenimiento de una verdad poética, el cansancio por ciertos temas y la voluntad de ganarse el favor de sus lectores ofreciéndoles una obra gustosa y entretenida.

El prolongado proceso de escritura de un poema híbrido como *La Araucana* es analizado en el apartado cuarto (“Construcciones y reformas”). El éxito y la lectura de nuevas fuentes obligaron a Ercilla a repensar la obra, para lo que obró, como se ha visto, con gran libertad. La creciente estructura digresiva, al modo de la ficción caballerescas, se ve marcada por el ensamblaje fragmentario de los nuevos materiales, lo que llevó al poeta a buscar fórmulas para cohesionar el texto. Tenemos un caso claro en la presencia de la historia de Dido y el viaje a Ancud en la *Tercera parte*, que permite advertir la habilidad de don Alonso para concertar historias diversas en un proceso de lima constante que llega hasta la estampa, analizado en el sexto y último apartado de este largo estudio. Quizá por este motivo habría resultado más coherente que el quinto apartado, dedicado a la lectura política del poema (“Alonso de Ercilla, al servicio de su Majestad”), hubiera seguido al tercero, al enlazar mejor con el análisis de su naturaleza épica. En él, el editor matiza algunas lecturas que quieren ver en la obra una

8. Ramona Lagos, “El incumplimiento de la programación épica en *La Araucana*”, *Cuadernos Americanos*, CCXXXVIII, 5 (1981), pp. 157-191.

crítica a la ideología imperial y reivindica la importancia del contexto cultural y literario en que fue escrita. Sin duda, solo desde esta perspectiva pueden explicarse con el necesario rigor histórico aspectos fundamentales como la imagen heroica de los indios o las consideraciones sobre la codicia de los conquistadores. Este mismo rigor no nos permite dudar de que *La Araucana* constituye un panegírico de la monarquía y la actuación política de Felipe II por parte de un poeta que quiso erigirse en su portavoz privilegiado.

Cierra el estudio un extenso apartado dedicado al análisis de la transmisión textual (“El texto en *La Araucana*: escritura y transmisión”) en la que se destaca la importancia del trabajo editorial realizado por Ercilla. El cuidado con que el editor ha emprendido esta tarea primordial se percibe a lo largo de unas páginas que ponderan el empeño con que el crítico debe atender a las circunstancias de escritura, y que en este caso resultan particularmente complejas. El profesor Gómez Canseco ha hecho gala de su buen hacer filológico en la revisión pormenorizada, junto con Rafael Márquez Contreras, de un gran número de testimonios que permiten reconstruir, desde la primera impresión de la obra, de qué modo su composición no puede desvincularse de las numerosas y diversas intervenciones del autor que afectaron, también, a la materialidad del texto.

No acaban aquí los contenidos que conforman el volumen. El lector encontrará unas secciones finales en la que se recogen los materiales preliminares y de colofón de las ediciones supervisadas personalmente por Ercilla, una detallada cronología de su vida, un resumen del argumento y un análisis de sus conocimientos geográficos y militares, realizado por Alfonso Doctor Cabrera. En suma, estamos ante una edición erudita y utilísima, que ayudará a perfilar mejor el sentido del poema épico más influyente de nuestras letras. El profesor Gómez Canseco ha realizado una labor inestimable, que analiza la escritura del poema en el contexto del problema quinientista de la poesía heroica, para lo que redimensiona la figura autorial. No nos queda más que celebrar que haya por fin visto la luz un trabajo muy esperado y necesario, llamado a ser una contribución decisiva para entender el favor de que gozó una obra que todavía hoy resulta fascinante.